

CARTAS DE MISIONEROS

NIGERIA

Dos episodios conmovedores

El Rdo. P. Zappa, nuestro corresponsal de Asaba, nos envía desde aquella lejana región los dos siguientes conmovedores relatos, en los cuales brilla de un modo maravillosamente consolador el espíritu de fe de los neófitos de Nigeria, no ha mucho sumidos en la peor de las barbaries, y hoy causando nuestra admiración con la nobleza de los sentimientos que les animan.

CARTA DEL R. P. ZAPPA, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN, PREFECTO APOSTÓLICO DEL ALTO-NIGER

I

AQUEL día habíase bendecido la iglesia de Ogwas-hi, ciudad situada á veinticinco kilómetros de Asaba. A la bendición de la iglesia había seguido el bautizo de la campana; y el otro, más consolador todavía, de dos familias paganas: padres, madres é hijos. La Misa solemne, el sermón, la numerosa multitud de cristianos y catecúmenos, todo había contribuído á hacer que aquel día fuese uno de los en que el misionero, fatigado y abrumado bajo el peso de tantas obras, cobra nuevo aliento para continuar adelante.

Los fieles y los catecúmenos habían salido; la iglesia estaba desierta; sólo el altar, ricamente adornado, y el oloroso humo del incienso, todavía no disipado del todo, parecían haber quedado allí para dar testimonio de la hermosa fiesta que se acababa de celebrar, fiesta conmovedora que seguramente hallaría eco en el cielo, entre los centenares de angelitos que han volado á él desde esta ciudad de Ogwashi, después de haber recibido el agua regeneradora.

En la calma y el silencio que sucedieron á la inevitable confusión y al ruido de la muchedumbre, repasando en mi imaginación como en un cuadro, la historia de esta cristiandad, desde las tentativas de penetración en el país, tantas veces fracasadas cuando los caminos estaban absolutamente cerrados á todo europeo, hasta la primera modesta instalación y los primeros triunfos, y el actual desarrollo que acababa de coronar la fiesta de aquel día; absorto en estos pensamientos había llegado á los umbrales de la nueva iglesia, cuando el ruido de pasos cortos que se aproximaban vino á sacarme de mis meditaciones.

Vuelvo la cabeza y... era el unigénito del primer catequista de Ogwashi.

¡Conmovedora historia la de este catequista! Fiel al llamamiento de la gracia, este «doctor» viejo hechicero, dejó sus prácticas supersticiosas, abandonó todas sus mujeres excepto una, echó los cimientos de esta nueva cristiandad, y luego, acabado el trabajo, subió al cielo á buscar la recompensa.

El niño, de pie ante mí, no acertaba á pronunciar palabra: mirábame con una mirada mil veces más elocuente que el mejor discurso, con mirada en la cual se leían todas las emociones de que estaba lleno su corazón en aquel momento... Ya no tenía padre... á po-

AÑO XVII.—NÚM. 338

cos pasos de allí dormía en el silencio del sepulcro... el que había roturado el terreno donde se levanta hoy la nueva iglesia, había muerto... ¡Ah! ¡si le hubiese sido dado gozar aquel hermoso día!... él, que fué el primero que enseñó la señal de la cruz á los catecúmenos hoy fervientes cristianos... él, que había puesto en sus labios las primeras oraciones... ¡Ah! ¡Si hubiese podido ver esta iglesia, entrar en ella, arrodillarse ante el Sagrario, oír el tañido de su sonora campana y ver la muchedumbre que asistió á la fiesta!

Todo esto, y más, me decían con elocuencia los húmedos ojos del muchacho. Atrájele hacia mí, y acariciándole con la mano sus negros y rizados cabellos:

—Escucha, hijo mío, le dije, esta iglesia es muy grande, y ahora que los extranjeros van á marcharse y sólo se verá concurrida por vosotros, parecerá mayor todavía, y por ende más vacía.

Titubeó un instante, fijó en mí una mirada á la vez franca y respetuosa, y luego dijo con infantil sencillez:

—Deja esto de lado, Padre; el poder de Dios cuidará de llenarla.

—¡Ah! le contesté después de estrecharlo contra mi corazón: hablas como hablaba tu padre.

Han pasado ya algunos meses desde aquel día. Frecuentes excursiones apostólicas y numerosas preocupaciones han ocupado mis días, que huyen fugaces; pero la respuesta del muchacho no se ha borrado de mi memoria. Y cuando anteayer, un catequista que venía de una cristiandad distante setenta kilómetros de aquí, y que había pasado por Ogwashi, me dijo que la capilla de esta ciudad ya resultaba incapaz, pues cada domingo la llenan los fieles; comprendí que el hijo del ex-hechicero había profetizado. El «poder de Dios» ha hecho su obra.

II

Hace algunas semanas, un hombre llamó á mi puerta, y sin aguardar respuesta, abrió y entró. Apenas hubo pasado el umbral, el intruso se dejó caer al suelo como rendido de fatiga, y me pidió con un ademán le diera de comer.

Era uno de nuestros catequistas, que había hecho siete horas de camino, sin detenerse casi para venir á defender los intereses de su cristiandad. Convertido hacía sólo tres años, pero teniendo en el corazón el fuego sagrado, había comunicado la llama de su celo á todos sus parientes y amigos. Sin que lo supiera, había construído en su pueblo una modesta capilla; las paredes estaban listas; sólo faltaba cubrirla.

Los fieles se habían reunido en consejo.

—Nuestras cabañas, se habían dicho, están cubiertas de hojarasca que los insectos devoran, y á través de la cual se filtra el agua de la lluvia. Esto para nosotros ya está bien, pues el fuego no se apaga nunca en nuestras casas. Pero no debe ser así en la casa de Dios; hay que cubrirla mejor que nuestras cabañas.

31 DE JULIO DE 1909

Acabada la reunión, el catequista, sin perder tiempo y á toda prisa, vino á encontrarme.

En cuanto hubo tomado aliento:

—Padre, me dijo, necesitamos planchas.

—¿Planchas?

—Sí, Padre, planchas de hierro.

—¿Y para qué?

—Para cubrir la capilla.

—¿Qué capilla?

—Pues la que nosotros hemos construído; queremos que el Misionero venga á menudo á celebrar la santa Misa en nuestro pueblo.

—¡Ah!

—Las paredes están listas; sólo falta el techo.

—Está bien; pero ¿no podríais cubrir la capilla con hojas?

—No, Padre, porque no queremos que llueva dentro.

—Pues yo no tengo planchas.

—Pero puedes tener.

—¿Cómo?

—Sencillamente. Escribes al Blanco del río (agente de factoría) y él te las enviará.

—Pero luego hay que pagárselas al Blanco...

—¿Hay que pagárselas?

—¡Claro que sí!

—¿Y qué?

—Pues... ¡que no puedo!

—¿Por qué?

—Porque no tengo dinero.

—¡Ah!

El catequista estaba todavía bañado en sudor, con la respiración jadeante, la fatiga pintada en el rostro y los pies llenos de polvo; acababa de hacer 38 kilómetros de camino con el corazón lleno de esperanza, para venir á defender la causa de su capilla, para hacer valer los derechos de Dios. Y he aquí que á la fatiga del cuerpo añadía yo el abatimiento de amarga desilusión.

De súbito una idea luminosa cambió el curso de mis impresiones. Pensé en *Las Misiones Católicas* y en sus generosos lectores, y esta visión me inspiró confianzas; la causa de la capilla estaba ganada, y dije al catequista:

—Bueno, escribiré al Blanco de las planchas; dí á los tuyos que dentro ocho días pueden venir por ellas.

No había acabado de hablar, cuando el catequista, como movido por un poderoso resorte, ya se había levantado.

—Adiós, Padre; me vuelvo.

—¿A dónde?

—A mi pueblo.

—¡Pero tú estás cansado!

—¡No importa!

—Aguarda hasta mañana.

—¡Imposible! Mis amigos recibirían excesivamente tarde la buena noticia que acabas de darme. ¡Gracias, Padre, te lo agradezco mucho, y los míos también te lo agradecerán cuando lo sepan.

Y desapareció.

Pero ahora que he hecho el pedido de las planchas, me veo obligado á llamar á la puerta de los lectores

de *Las Misiones Católicas*, para ver si hay alguna alma generosa que quiera encargarse de sufragar los gastos de techumbre de la casa del Señor.

CALCUTA

Bautizo en la leprosería

POR EL RDO. P. LUIS BEERNAERT, S. J.

HE consagrado las primicias de mi vida de misionero á los pobres leprosos de Calcuta: de ellos voy á hablaros.

La lepra está bastante extendida en la India. En 1891 una estadística elevaba á 105,000 el número de las víctimas de esta terrible enfermedad. Es un mal horrible que ataca especialmente las extremidades y el rostro. Las partes atacadas se cubren primeramente de manchas blanquecinas, las cuales se convierten en tumores que penetran los tejidos, llegan hasta los huesos y determinan la caída de las falanges de los dedos, así de las manos como de los pies, y aun á veces la de todo el miembro. El leproso asiste, sin poder evitarlo, al horroroso espectáculo de la descomposición de su propio cuerpo. Y no para aquí todo: la lepra se ceba horriblemente en el rostro de sus víctimas. Los labios y las mejillas se entumescen; los párpados se paralizan, impidiendo cerrar los ojos; las glándulas lacrimales se agotan y se secan, y la córnea se vuelve opaca: la ceguera es inevitable.

Las Misiones católicas y protestantes y el Gobierno inglés han fundado numerosas leproserías, tanto para disminuir los peligros de contagio, como para procurar cuidados convenientes á los atacados de la enfermedad. En Calcuta hay una de éstas que cuenta unos ciento cincuenta enfermos. Los ministros de todas las religiones tienen entrada libre en ella y pueden ejercer su ministerio, pero el proselitismo les está prohibido. Un Padre celebra mensualmente la santa Misa en una de las salas del Asilo; todos los católicos asisten á ella, y muchos se confiesan y se acercan á recibir la Sagrada Comunión, dichosos de sentirse más cerca de este Dios que tanta bondad mostrara para con los pobres leprosos de Judea.

A los pocos días de haber llegado á Calcuta, fuí enviado á la leprosería á bautizar un indio de edad de sesenta años, que había pedido con insistencia se le hiciera cristiano. Instruído de antemano por un Padre, ayudado de un catequista, fué definitivamente admitido al Catolicismo por los misioneros. Con singular alegría acepté este consolador ministerio.

¡Cuán poco conocidas son las admirables palabras que para bautizar pronuncia la Liturgia católica! ¡Y qué profundo sentido toman en las conmovedoras circunstancias en que me encuentro!

—¿Qué pedís á la Iglesia de Dios?

—La fe.

—¿Y qué os da la fe?

—La vida eterna.

—Si queréis alcanzar la vida eterna, debéis guardar los Mandamientos. Amaréis á Dios Nuestro Señor con

todo vuestro corazón y sobre todas las cosas y al prójimo como á vos mismo..."

Cuando le pregunté: «Lorenzo, ¿renunciáis á Satanás?» el pobre anciano bajó la cabeza, confundido y avergonzado de que se le recordaran sus antiguos sacrificios paganos, pero con acento que expresaba bien clara la energía de su arrepentimiento: «Renuncio á Satanás,» respondió. «¿Creéis en Dios Padre... en Dios Hijo... en Dios Espíritu Santo? — Sí, creo,» respondió con entereza incorporándose en el lecho.

Como le abrumara con las múltiples exhortaciones prescritas por el Ritual, Lorenzo fijó en mí una mirada triste, sombría, como diciendo:

«¿Todavía dudáis de mi fe?... Sí, creo en Dios, y le amo con todo mi corazón: quiero ser cristiano.» Dos gruesas lágrimas corrían por sus pobres mejillas, entumecidas y roídas por la lepra; aquella escena me recordaba una página del Evangelio: Pedro arrepentido diciendo á Jesús por tercera vez: «Bien lo sabéis Vos, Señor, que os amo.» (San Juan, cap. xxi).

El rostro del pobre leproso se iluminó: Lorenzo era cristiano. Piadoso y enternecido besó el crucifijo. Su alma rebotaba alegría. Ya no sentía el aguijón de la lepra que le roía el pie. El sufrimiento y la muerte eran para él la alegría y la vida. Sus compañeros se regocijaban con él; en la común alegría también ellos olvidaban sus males, y una expresión de contento y sosiego borraba la huella de dolor que la lepra había impreso en sus rostros. Lorenzo exteriorizaba su alegría, prometía vivir como ferviente cristiano y daba verdaderas muestras de gratitud. «Padre, esta noche cantaremos un himno de gratitud al Señor.» Y por la noche cantaron con sus voces bengalas himnos de amor y agradecimiento al Dios que curaba los leprosos y les reserva un lugar en el cielo.

Para los paganos, asombrados de esta alegría, hay en el Bautismo algo misterioso é incomprensible. Porque, ¿cómo es posible tener el alma alegre cuando la lepra devora y los miembros se descomponen?

¡Ah! ¡Aquí hay que verlas en estas almas nuevas, apenas despertadas á los consuelos del cielo, las sublimes maravillas de la fe, que tanto ignoramos nosotros!



INDOSTAN.—ALUMNAS DE LA ESCUELA NORMAL DE COIMBATUR.—Reproducción directa de fotografía

los grandes dignatarios de la corte anunciaban que sería coronado Shah, rompía á llorar y corría, asustado y tembloroso, á refugiarse en los brazos de su madre: ahora, dicen que ya se va posesionando de su papel: he aquí cómo nos relatan tan importante suceso, que más bien parece una comedia que un acto trascendental para la vida de un pueblo.

La ceremonia se ha reducido á anunciar oficialmente por medio de una ceremonia de corte que el nuevo emperador tomaba la dirección de los destinos de Persia.

El pequeño soberano ha ocupado un trono también pequeño, mostrando un aire no exento de entonación real y cubriéndose con una gorra de astracán coronada de un penacho dorado.

Frente á él se situaron los cortesanos, ostentando vistosos uniformes.

El nuevo Shah dijo que se da cuenta exacta de las responsabilidades que echaba sobre sí.

«Haré por mi parte, agregó, cuanto sea posible para cumplir exactamente los deberes que me impone mi alto puesto, sin olvidar un solo momento las aspiraciones del pueblo persa.»

Lo notable de esta ceremonia ha sido que ha tenido un carácter democrático como jamás se había visto en esta corte.

Han asistido representaciones de las tropas nacionalistas que cercaban la ciudad y que han hecho triunfar la revolución.

El Consejo nacional, cuya delicada misión es evitar los peligros que puede crear el odio popular hacia Rusia, ha telegrafado á los gobernadores de las provincias recomendándoles especialmente que procuren suavizar asperezas y hacer comprender al pueblo que Rusia no volverá á meterse en los asuntos de Persia.

Uruguay.

Embajador del Uruguay y el Vaticano.—Las relaciones diplomáticas, un tanto difíciles hasta ahora entre la Santa Sede y la República del Uruguay, se han reanudado oficialmente, entrando en vías de franca cordialidad.

La República ha enviado á Roma un embajador extraordinario, que ha sido recibido en el Vaticano con los honores

NOTICIAS VARIAS

Persia.

Revolución triunfante.—Triunfó por fin la revolución, logrando destronar al Shah de Persia, la cual está gobernada hoy, vamos al decir, por un niño, quien fué coronado el día 23 con menos ceremonial que el acostumbrado, por las circunstancias que acabamos de señalar. Días antes, cuando

*

debidos á su alta jerarquía. Este diplomático, que es persona de elevada representación política é intelectual, lleva el cargo de arreglar amistosamente con la Santa Sede todas las cuestiones eclesiásticas que hasta ahora se hallaban en litigio.

Con este motivo, en los círculos políticos se ha elogiado la prudencia y la sabiduría con que el Secretario de Estado, monseñor Merry del Val, ha llevado tan difíciles negociaciones.

LOS REDENTORISTAS EN EL CONGO



LEGRE es el mes de Mayo en todo el mundo. Mayo es el mes de las flores, es el mes de la esperanza, es el mes del amor á María. En el Congo á veces es mes de triunfo y consuelo. Me imagino que Jesucristo, como en tiempo de San Esteban, protomártir, se habrá asomado á la puerta de los cielos para contemplar á estos negros hijos suyos fidelísimos.

En el mes de Mayo hemos celebrado la encantadora ceremonia del Bautismo. ¡Políticos que despreciáis la Iglesia; hombres de Estado que pretendéis gobernar sin la Iglesia, oíd confundidos y aprended!

Ha llegado el día destinado á tan hermosa ceremonia. La iglesia de los Redentoristas de Matadi viste de gala. En el altar mayor, iluminada con profusión de luces y cual reina de este bellissimo país, aparece la magnífica estatua de Nuestra Señora del Congo. ¡Qué hermosa está en su trono y con qué amor y cariño contempla á sus hijos muy queridos los congoleños! ¡Sí, hombres civilizados, que llamáis bárbaro al hijo de la selva aunque sea cristiano; sabed que ese negro despreciado por vosotros es hijo de Dios, es hijo de María y quizás un hijo más amado que muchos blancos europeos tan desdeñosos!

¡Qué bella está la Virgen del Congo rodeada de sus hijos!

Contemplad ahora á los espectadores de tan tierna ceremonia. Señoras principalísimas; caballeros de lo más escogido; personas de cuenta de la ciudad; los funcionarios del Estado, los agentes de las Compañías, ninguno de éstos se creía deshonrado asistiendo á un acto tan cristiano y tan sublime en un templo católico. Es que en el Congo saben los hombres de Estado apreciar y estimar los sacrificios de los misioneros; es que en el Congo reconoce el Gobierno que nada hay más moral, nada más propio para la civilización de los pobres negros como la enseñanza de la Religión católica; es que sin la Religión católica pronto los miasmas deletéreos de la Revolución acabarán con la europea civilización y sacudirán los naturales el yugo tan pesado de la obediencia. Sea lo que fuere, allí estaban los representantes del Gobierno asistiendo á tan hermosa y conmovedora ceremonia.

Lo que sentiría la concurrencia no lo sabré decir; lo cierto es que todo aquello era sublime y llegaba al corazón. ¡Qué impresión más honda sentía el alma cuando los negros con voz firme y resuelta pedían la fe, esa fe tan despreciada por muchos pretendidos sabios de la vieja Europa! ¡Cuántas lágrimas no brotaron de los ojos al escuchar, en lengua congoleña, la oración del Pa-

dre nuestro y el Credo! ¡Ah! pensaba yo, estos negros salidos de la selva desean vivir felices y morir tranquilos, protegidos por la fe de la Iglesia católica y por la cruz de Jesucristo! ¡Y en nuestras ciudades viven hombres que se avergüenzan de esta fe y rechazan la cruz salvadora del mundo y de las almas! Muchos de los asistentes lloraban de consuelo; yo también lloraba, pero lloraba de pena al considerar la indiferencia de tantos hombres que se pierden por haber perdido la fe que buscan estos pobres negros del Congo. ¡El Señor tenga piedad de tanto ciego voluntario!

Ni vaya V. á creer, señor Director, que estos triunfos se consiguen fácilmente. ¡Qué paciencia se necesita para enseñar la doctrina á estas obtusas inteligencias! ¡Cuántos esfuerzos para meter en la cabeza de estos grandes niños las verdades de la Religión! Nada saben, ninguna instrucción han recibido, son tierras vírgenes que es preciso cultivar á fuerza de grandes sudores, y se suda con gusto y empeño para que nazca y crezca en su corazón el amor á Jesús y á María. Hay que repetir la misma cosa centenares de veces y de la misma manera, pues si cambia una palabra se pierde en un instante el trabajo de muchas horas. A fuerza de repeticiones, comparaciones, símiles, ejemplos, historietas y cuentos, entra la verdad y llegan á conocer lo más esencial para recibir el santo Bautismo; lo demás lo aprenderán poco á poco asistiendo á las instrucciones que se predicán de continuo. Los más jóvenes aprenden el catecismo con más prontitud y facilidad y algunos hay que lo saben con toda perfección y lo recitan sin titubear, pudiendo ya dar lecciones á muchos blancos que todo lo saben menos la Religión y el arte de amar á Dios, lo más importante y principal en este mundo.

Muy útil es, para catequizar á los negros, el catecismo representado por imágenes ó estampas. Estas les llaman muchísimo la atención; se fijan en ellas y retienen el significado de los cuadros con gran prontitud y tenacidad. ¡Ojalá dispusiéramos de fondos para proporcionarnos estos cuadros! ¡Qué pena ver malgastados tantos caudales en saraos, fiestas y bailes, y no tener los misioneros un perro chico para gastarlo en la propagación del Cristianismo! ¡Qué cuenta más estrecha darán á Dios muchos ricos y poderosos del mundo! ¡Cuán difícilmente alcanzarán la eterna salvación!

Dispense, señor Director, estas reflexiones; soy apóstol y quisiera convertir al mundo entero. ¡Lectores de *Las Misiones Católicas*, pedid á Dios por la salvación de las almas!

ENRIQUE E. CHAUBEL,
Redentorista.

SOBRE LA SANTA INFANCIA

(Continuación)



¿REÍIS que soy peor que un animal? ¿Ni siquiera poder comer lo que ellos comen? ¡Oh deseada bola de opio! Almas compasivas, socorredme y comprádmela, y os estaré agradecida por miriades de años.» Aludía á un modo muy fácil y expedito con que muchos infieles ponen fin á su existencia tragando una bola de opio, activísimo veneno. Y de esta manera estuvo más de dos horas lamentándose hasta que la noche con sus tinieblas echó un tupido velo sobre tanta desolación y miseria. ¡Oh salvadora virtud de la Religión cristiana, bajada del cielo, y cuya planta no se cría en esta desventurada tierra de Adán! ¡Tú eres quien ha ennoblecido y dignificado á la mujer, sacándola de su abatimiento y sublimándola al par del hombre! ¡Por Ti ha dejado de ser esclava é instrumento de apetitos salvajes, siendo convertida en compañera del hombre y su semejante!

El paganismo ha producido frutos diametralmente opuestos, y hoy día sólo las regiones católicas pueden justamente gloriarse de la completa restauración de la mujer á su dignidad primitiva en que la colocara la mano del Criador.

¡Mujeres españolas, almas netamente y ante todo católicas, sed agradecidas á la Religión del Crucificado, y poniendo ante vuestros ojos los desposorios de San José con la Virgen Santísima y las escenas del taller de Nazaret..., tended una mirada compasiva á estas mujeres chinas, que ni imaginar siquiera pueden la placidez y bienandanza de un hogar verdaderamente católico. Dad gracias, repito, al Señor del cielo y tierra, que por sola su bondad os ha hecho nacer en la nación católica por excelencia.

Por si lo dicho anteriormente no bastara para dar á conocer la abyección en que se encuentra la mujer china, sirva de confirmación lo que sigue. Hay entre los chinos una bárbara y repugnante costumbre, que por desgracia se encuentra también en algunos pueblos de cristianos, y que ha dado mucho que hacer á los Padres misioneros.

El día 15 de la primera luna tienen que exhibirse todas las casadas durante el año anterior. Para esto adornan el principal salón, y como la fiesta se hace al anochecer, lo iluminan, *modo sinico*, lo más profusamente que pueden. La paciente, ó sea, la recién casada, engalanada con todos sus atavíos y arreos, se pone de pie y al lado de la mesa y en frente de la puerta principal, expuesta á la vista de todos los transeúntes y curiosos, que á grandes grupos vienen á contemplarla y á dar su parecer sobre las cualidades de la joven, y en especial su hermosura. De este modo tiene que estar de cuerpo presente hasta saciar á aquellos curiosos, desde las seis de la tarde hasta las altas horas de la noche. Todos, grandes y pequeños, tienen derecho á entrar en la casa y contemplar á la momentánea reina de farsa. Enjambres de chiquillos llenan el salón, molestandola por su licencia y derecho á manosearla, tirlarla de los pendientes y hacer con ella mil inconve-

niencias de esta índole. Concluída la función en una casa, los chiquillos corren á otra, y así pasan de vuelo aquella noche, que de ordinario la luna suele iluminar con sus argentados resplandores para mejor brillo y realce de la fiesta.

Si uno mismo no lo hubiera presenciado, difícilísimo se haría dar crédito á este fiel y verdadero relato.

También se encuentra aún entre los mismos cristianos otra costumbre que la Iglesia nos manda abolir y que ha producido grandísimos sinsabores á muchos misioneros. Me refiero á la práctica general entre estos gentiles de criar esposillas ó hacerse con una niña en sus primeros años, con la mira de casarla con alguno de sus hijos. Casi todos los pobres y los de mediana condición que quieren evitarse los enormes gastos de conducir (después de comprada) la novia, cometen este intolerable abuso.

Puede asegurarse que de diez familias, son por lo menos nueve las que lo hacen. Como la niña recién nacida nada cuesta, y hasta la dan *gratis et amore*, es este un medio muy fácil y práctico para hacerse con novia por poco dinero. Muchas veces los mismos padres del novio futuro pagan á la madre de la novia para que la lacte y la lleve al verificarse el destete.

Críanla después en su casa, consiguen además el tener una ayuda para las faenas domésticas y, sobre todo, el ahorrarse los 100 ó 200 duros que habían de gastar en comprarla á mayor edad. El hecho nada tiene de moral y decente, pero en cambio se amolda al carácter chino y á los dictámenes de su metodizado corazón. La moralidad suele pagarlo muchas veces, y al llegar la hora de casarse ó hacerse grandes hombres, como ellos dicen, al mismo hijo le repugna el tomar por esposa á quien considera como hermana, pero los padres así lo quieren, y ¿qué remedio queda? He visto varios casos en que el hijo ha preferido emigrar á verse obligado á tales compromisos. ¡Todo por el maldito interés y afán de ahorrarse unos cuantos pesos!!!

Llega á tanto este prurito de ganar chapecas en estas madres chinas, que muchas, después de haber entregado la niña á la Santa Infancia, ellas mismas piden alimentarla por un peso mensual; y otras hay que al entregar la niña, lo hacen con la sobredicha condición; y otras, finalmente, que no contentas con la propina, dada ya, piden otra para ganar doble mensualidad; resultando que lo que no hace el amor y entrañas maternas, lo hace el vil metal, el bacerro de oro. Nada de amor y afecto hacia las niñas. Sé de casos que las han dado muerte recién nacidas, y otros en que el marido ha repudiado á su mujer y ha conducido otra, sólo por el pecado de haber dado á luz niña y no niño.—Supuesto todo esto, se comprenderá claramente la necesidad y el porvenir de nuestra Santa Infancia aquí, en esta provincia de Fokien, en especial para niñas.

Digo *niñas*, porque niños puedo asegurar que en los catorce años que llevo en estos países, no se ha recibido ninguno, mejor dicho, se han recibido unos seis ó



MAISSOUR (INDOSTÁN).—EL CEMENTERIO DE SILVÉPULA Y LA PRIMERA ESTACIÓN DEL CALVARIO.—Reproducción directa de fotografía.

siete, todos ellos ciegos y moribundos; pero niñas... eso es una bendición del Señor. Niñas hermosísimas, robustas, rebosando salud y vida, las recibimos á diario; lo único que hay que dar por ellas, es el jornal del que las trae á la Santa Infancia: ni una chapecá por el precio de la niña.

Para recoger un niño tendríamos que pagar de 20 á 30 pesos para arriba. Así que, teniendo la Santa Infancia tan gran porvenir respecto de las niñas (y la cosa va para largo, si esperamos á que se civilice la China), no hay porque decir que tenemos Santa Infancia para rato.

CAPÍTULO II

Orfanatrofios chinos y protestantes

Visto lo que opinan los chinos, y como se portan con sus hijas, y en general con las mujeres, veamos qué remedio ponen á este estado de cosas, primero los protestantes y después las mismas Autoridades chinas, para apreciar mejor la magnífica obra de la Iglesia católica con sus Santas Infancias. La imperfección de unos hará ver más claro la perfección de la otra, que es lo que se quiere probar.

La conducta de los protestantes y Autoridades chinas con las niñas abandonadas está en verdad muy lejos de la conducta de los misioneros católicos sobre el

particular. Es lo más un imperfecto y lejano remedio. Los protestantes, que yo sepa, y es lo que hacen en estas dos prefecturas del Chiang y Choan-chin, sólo recogen niñas ya grandecitas, y esto con la mira de criarlas para catequistas de mujeres. Además, creo que sólo recogen en el puerto de Amo y cercanías, siendo su acción muy circunscrita, y sin contar ningún edificio para el caso, comparable con ninguno de nuestras tres ó cuatro Santas Infancias. Su acción principal, como es sabido, se dirige á la propagación de sus *varias* doctrinas, como sucede en esta ciudad, en la que los ingleses enseñan una cosa, y sus parientes los americanos enseñan la contraria. Pero todos convienen en reconocer á Jesús, y así piensan todos salvarse... ¡Lástima de propaganda y lástima de biblias entregadas á verdaderos gentiles, que se mofan y ridiculizan la vida y misterios de nuestro pacientísimo Redentor Jesús!!!

Respecto á los orfanatrofios gentiles, puede decirse que algunos chinos ricos, á la sombra de las Autoridades, los tienen mejor organizados y montados. Es verdad que no llegan ni con mucho á nuestras Santas Infancias; pero superan á los orfanatrofios de los protestantes. En ellos reciben á todas las niñas que les llevan; pero también se deshacen de las mismas tan pronto como pueden. Mejor se podría llamar depósito de niñas, para proveer á los que buscan alguna para esposilla ó esclava ú otra cosa peor; y la prueba de ello está en que no tienen niñas de tres ó cuatro años para arriba.

El objeto de esta fundación, que se encuentra en muchas ciudades, es, como se ve, muy circunscrita y limitada. No se proponen salvar á la niña, criarla, educarla y darla colocación; se proponen únicamente lo primero, ó sea salvar á la niña recién nacida buscándola nuevos padres. Prueba de ello es que, además de dar la niña á quien la pida, le dan encima un peso de propina ó más, en algunas circunstancias. No puede negarse que es una cosa muy buena, si bien imperfecta, por faltarle el calor de la caridad cristiana, que tantos milagros hace.

Muchas veces he oído quejarse á los mismos chinos, de lo mal que anda la administración de dicha obra y del interés y egoísmo de sus empleados, que no desmienten su carácter.

Ahora, con la última inundación, se han caído los principales departamentos de dicha casa, y como es natural, no recibiendo niñas sale ganando nuestra Santa Infancia de Aú-poán, que ha quedado casi intacta en tan gran tribulación. Entre este orfanatrofio gentil y el nuestro, han sucedido casos que nos revelan el alma vil de los chinos, y su amor á las chapecas.

Como además de la niña dan encima la propina de un peso, etc., no faltan chinos que en vez de ir por la niña, engañando á los funcionarios, van realmente por el peso ó la propina que les den. Como no tienen por pecado el mentir, se han arreglado con mil embustes y trapisondas, y han hecho ver que piden la niña para esposilla de un hijo suyo supuesto y que la piden pres-

tada para el caso. Otras veces he sabido que la consig-
nan con otros pretextos, y después la llevan á vender
á otra parte ó las traen en nuestra Santa Infancia, por
una peseta ó media que se les suele dar por el trabajo
de traerla.

Los dichos funcionarios han acudido á nosotros, pi-

diendo que no recibamos las niñas de ellos, y refirién-
donos los engaños susodichos. No obstante las contra-
señas que las ponen, y que son señales en la cabeza y
en los brazos, continúan sus paisanos sacándoles el ju-
go y robándoles niñas, que en último trance dicen ha-
ber muerto.

(Continuará).

AMERICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Continuación)

CAPÍTULO IX.—Manera como se casan los Güitotos.— Miedo que les causan los «brujos» y modo de sepul- tarlos.

BUENÍSIMA es la costumbre que general-
mente existe entre estos salvajes al
tratarse de sus casorios, pues nunca
se enlazan con familias cercanas, ni
siquiera con gente de su misma tribu.
Es asimismo rara, entre ellos, la po-
ligamia, y en todas las tribus que visitamos sólo dimos
con tres ó cuatro casos de esta naturaleza. Puedo, por
lo tanto, aseverar que son más circunspectos en este
sentido los indios que carecen de la fe, que los blancos
que viven con ellos, pues salvo rarísimas excepciones,
éstos no se contentan ni con dos indias, sino que tienen
hasta tres y cuatro.

Ahora bien: como los indios care-
cen de los conocimientos cristianos
sobre la dignidad de la mujer y la
indisolubilidad del matrimonio, tra-
tan lo uno y lo otro de una manera
salvaje, y sólo se dejan llevar de in-
clinaciones puramente materiales y
rastreras. Depende, pues, el amor á
sus mujeres y la duración del enlace,
de la sucesión; faltando ésta, se con-
cluyen todas las obligaciones con la
compañera, y buscan otra sin acor-
darse ya más de la primera.

Mas los trámites que acompañan y
preceden á los casorios de indios que
no son caciques, son lances que en-
cierran algún chiste, como lo vamos
á ver.

Muelen, pues, un poco de hoja de
coca, y llevando este polvo en un
pequeño talego, se dirigen á la tri-
bu de donde quieren sacar mujer; y
sin ningún preámbulo, ni siquiera
con el lacónico saludo acostumbrado,
entran en una de las casas y cuelgan dicho talego en un
poste, que suele haber en medio de todas ellas, y donde
se verifica el *Tabaco*, del que ya se trató en el capí-
tulo V. Asimismo, sin decir una sola palabra se reti-
ra; pero con el presente ya manifestó á los indios el fin
de la visita.

En llegada la noche, se reúnen éstos al rededor del

palo, y tomando la palabra el cacique, trata sobre la
conveniencia de dar ó no mujer al postulante. Los an-
cianos y los padres que tienen muchachas casaderas,
desempeñan allí papel muy importante. Tratada en el
primer debate la oportunidad del casorio, viene el se-
gundo, sobre quién se resuelve á dar su hija. Y aquel
que acepta la propuesta, se levanta del lugar que ocupa,
y desata el mencionado talego, con cuya acción empena
su palabra y la de su hija, aunque ésta no haya tenido
ningún conocimiento de todo lo ocurrido.

Si en todos estos trámites ocurre algún desacuerdo ó
cosa parecida, el cacique fácilmente pone la paz, y se
hace obedecer, sino de grado, por fuerza.

Entretanto que pasan estas cosas, nuestro preten-
diente estará quizá, en terribles angustias, pensando
en una compañera que aún no conoce, ó en unas *cala-
baza*s muy amargas.



ZANGUEBAR.—LA CATEDRAL DE ZANGIBAR.—Reproducción directa de fotografía.

Pasados unos ocho días, vuelve para cerciorarse del
buen ó mal resultado de sus aventuras. Se asoma á la
puerta de la casa, clava sus ojos en el palo donde dejó
el talego de coca; si ve que ya no está allí, salta
de júbilo, puesto que encontró lo que deseaba; pero
si aún lo encuentra colgado, con pena ó quizá con
rabia, por el desprecio que le han hecho, se acer-

ca, baja su presente y va á probar fortuna en otras tribus.

En el primer caso, se queda á servir por algún tiempo al padre de la novia; y cumplido este requisito, se despide y da las gracias á los padres, hermanos y demás parientes de su mujer, y la lleva á su propia tribu, en donde forma un baile para divertirse por tan feliz adquisición.

Ahora dejemos que se diviertan los nuevos esposos, y tratemos de la peor gente entre los Güitotos, que son los *brujos*.

Esta mala ralea, que desgraciadamente abunda no sólo entre los Güitotos, sino también entre los indios del alto Putumayo, y entre los *Coreguajes* y *Macaguajes* del Caquetá, son temidos de todos, y apoyándome en lo que he observado, como también en lo mucho que me han contado, no me cabe duda que varios de ellos mantienen explícito pacto con el diablo. Pero refiriéndome únicamente á los *brujos güitotos*, digo que hacen una carrera especial á fin de obtener el título de tales. Para eso, abandonan sus casas, padres y hermanos, y lejos de los suyos, se ponen á las órdenes de los más famosos en el arte. Transcurrido algún tiempo, regresan otra vez á su tribu, en donde ejercen tan diabólico oficio.

Regularmente son los más ociosos y los que menos se preocupan de hacer sementeras; pudiendo decir que viven del trabajo y sudor de los demás; pues, en teniendo necesidad de algo, lo piden á los otros, y éstos, por el miedo de que al negárselo les causen la muerte ó alguna enfermedad, les dan lo que les piden.

Asimismo hácenles creer que lo adivinan todo; que tienen dominio sobre los elementos; y sobre todo, que pueden vengarse de sus enemigos causándoles desgracias. De aquí el que los demás les teman, al propio tiempo que les manifiestan mucho amor; pero en verdad, éste sólo es aparente. Y digo que es aparente, porque en muriéndose un *brujo*, hacen baile en señal de alegría, al verse ya libres de tan mal compañero.

El miedo á esta gente sigue todavía hasta más allá de la muerte. Todos los indios reunidos se esmeran en hacer una fosa muy honda (lo que no sucede en los entierros de los que no son brujos); metido allí el cadáver, y para que no se salga (como ellos dicen), lo apisonan cuanto más pueden. Practicado esto, sigue el baile, que en verdad, como dije, no es en señal de pena, sino de contento.

CAPÍTULO X.—Regreso hacia «El Encanto.»—Un peligroso contratiempo en el río Caraparaná.—Fiesta de la Inmaculada Concepción.

¡Loado sea el Señor, que tan misericordioso se mostró con sus Misioneros todo el tiempo que permanecimos con estos infelices Güitotos!

Obra del Señor y de la Divina Pastora, excelsa Patrona de nuestras Misiones, fué el que nuestro corazón se hubiera mantenido con gran fortaleza en medio de tantos peligros de muerte. Cuando más nos rodeaban las adversidades, más palpablemente sentíamos la mano protectora de Dios. Y ahora le digo para consuelo de nuestros futuros cooperadores en la viña del Señor, que si siendo yo tan indigno ministro suyo, recibía grandes

consuelos, mayores los tendrán aquellos que son dignos hijos del Serafín de Asís.

Ilesos, con salud y alegres de haber hecho el bien á esos pobres salvajes, salimos de sus guaridas y nos encaminamos para *El Encanto*, á disponer el viaje hacia el río Caquetá.

El 1.º de Diciembre, después de haber dado las gracias á nuestro buen amigo Gregorio Calderón, tomamos la canoa y seguimos aguas arriba del Caraparaná hasta la pequeña vivienda del negrito Ildefonso González, cuyo lugar es conocido con el nombre de *El Dorado*.

Las gentes de esta casa nos trataron con mucho respeto, y no fueron indiferentes á los actos religiosos que allí celebramos. Casualmente, también se encontraba la Sra. Dolores Quintero, hermana del Sr. Rogerio María Becerra, y así ella como su hija Carmen, con la mayor voluntad, lavaron y plancharon toda la ropa destinada al culto, que en verdad, había mucha necesidad de ello.

Habiendo bautizado algunos Güitotos y confesado varios blancos, salimos el 3 del mismo para el punto llamado *San Antonio*, casa de Bernardo Carvajal. Por no haber trabajo en este lugar, resolvimos continuar la marcha al siguiente día; mas un inesperado contratiempo nos obligó á desandar una pequeña jornada, y nos vimos precisados á pasar otro día allí. Lo que nos aconteció en aquella ocasión, sucede con frecuencia; y no queremos que otros sigan nuestro ejemplo. He aquí lo ocurrido.

Nuestros caseros dijeron que el río daba muchas vueltas en aquel lugar; y un trayecto en que por agua se gastaban cinco horas, podíamos hacerlo en media hora por tierra. En este supuesto, con las instrucciones del caso, ordenamos á nuestros bogas que se adelantarán con todo el equipaje, y nosotros debíamos salir unas dos horas después, luego de bautizar á cuatro niños, hijos de blancos. Sucedió que los bogas, equivocando el punto de la cita, pasaron de largo, ocasionando este error grande angustia, tanto á ellos como á nosotros.

Ocho horas mortales pasamos en la orilla del río, haciendo mil conjeturas sobre la causa de no comparecer: ya pensábamos que éramos nosotros los que habíamos equivocado el camino; ya nos venía en sobresalto de que tal vez la canoa había naufragado, y otras cosas por el estilo; mas, entretanto que la mente se perturbaba, en el cuerpo éramos víctimas de las hormigas, que allí eran tantas y tan mortificantes, que no podíamos estar un instante en un solo lugar.

Con estas intranquilidades estuvimos hasta las cuatro de la tarde, hora en que comenzamos á oír á lo lejos el ruido que produce el canalete en manos de quien lo maneja. Pero aún no estábamos contentos, por la incertidumbre de si sería ó no nuestra canoa. Y esa incertidumbre, poco tiempo después, se convirtió en una triste verdad, porque no era esa embarcación la nuestra, sino la de unos comerciantes que bajaban del Tolima. Estos nos dieron cuenta de que nuestros bogas habían pasado de largo; pero que pronto estarían de regreso. Sucedió así; y á las cinco de la tarde bajaron muy preocupados con el percance. Ahora bien: esto que nos pasó á nosotros, se repite con frecuencia; y lo mejor

y más acertado es no separarse de los bogas, por halagüeños que sean los atajos en esos lugares.

Al siguiente día salimos otra vez de *San Antonio*, y con no pocas dificultades llegamos á *La Argelia*, donde el Sr. Hipólito Pérez tiene una regular casa, provista de mercancías.

Aquí, por la bondad de nuestros caseros, pudimos celebrar con alguna solemnidad la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Con las mejores telas que había en el almacén de dicho señor, arreglamos el altar para la celebración de la

Misa. Durante ella hubo música, puesto que repitió un fonógrafo bonitas piezas peruanas, y no escaseaban los cohetes y muchas descargas de carabina. Hasta en la mesa se notó que era día de fiesta y regocijo: no faltó ni la sabrosa carne de *charapa* (tortuga), ni aquello que alegra el corazón del hombre. Todo lo cual fué debido á la bondad de aquellas gentes; y por cierto que la Santísima Virgen les pagará de un modo ó de otro, aquellas demostraciones que hicieron en honor suyo.

(Continuará)

IMPRESIONES DE VIAJE DE FRANCIA Á ABISINIA

POR EL RDO. P. JOSÉ BAETEMAN, LAZARISTA, MISIONERO EN ABISINIA

El Rdo. P. José Baeteman, que debió abandonar temporalmente el Africa por motivos de salud, acaba de reunirse á sus antiguos amigos de Abisinia, y su regreso á aquellas lejanas tierras nos vale las hermosas páginas y curiosas fotografías que las adornan, cuya publicación hoy empezamos.



CUANDO llega el otoño, echando sobre la naturaleza su manto de hojas secas, el sol se entibia, el cielo se cubre de nubes y las golondrinas, reunidas en los aleros de nuestras casas ó en los hilos del telégrafo, emprenden el vuelo en numerosas bandadas hacia climas más templados.

Para mí también llegó el otoño, el otoño de la naturaleza y el de mi estancia en Francia. ¡Golondrina del Señor, también quería partir! Mi quebrantada salud había exigido este regreso á mi amada patria. El clima de Abisinia es uno de aquellos climas exóticos que un europeo no puede resistir mucho tiempo; de vez en cuando tiene que ir al país natal á pedirle á la madre patria un nuevo retoño de salud y de fuerzas. Hecha la provisión, vuelvo con ardor al combate.

Cuán triste había sido mi primera partida para Abisinia, tan feliz y exenta de tristeza ha sido esta segunda.

La alegría de volver á mi querida Misión acallaba en mí todos los pesares. Es sorprendente el profundo apego que se siente á los países salvajes en donde se ha vivido algún tiempo y la nostalgia de sus salvajes encantos. Dícese que uno se apega fácilmente á los lugares en donde ha sufrido mucho; no es este mi caso, pues, fuera de las rudas caricias del clima y de las privaciones inseparables de la vida de misionero, nuestro principio de apostolado en Abisinia sólo ha tenido alegrías.

Como antes he dicho, quería, pues, partir.

Durante mi permanencia en Europa había recibido muchas y muy conmovedoras cartas de mis hijos adoptivos que había dejado en el Africa.

Uno de ellos me escribía:

«¿Cómo te encuentras, Padre? Yo, gracias á tus ora-

ciones y á las bendiciones del Señor, me encuentro perfectamente bien.

«Pero, Padre, después de tu partida hemos quedado huérfanos. Lloramos día y noche tu ausencia. Somos grandes pecadores, y nuestros pecados han sido causa de tu partida. ¡Oh Padre, tú que eres manso como la paloma, prudente como David, sabio como Salomón, paciente como Job; tú que eres el Padre de mi alma, el Padre de mi corazón, el Padre de los pobres, ¿por qué nos has abandonado? Tu imagen, Padre, no se borra de mi memoria...» etc., etc.

Ya comprenderéis, lectores míos, que al recibir tales cartas, en las que, aparte la exageración oriental, se descubren los rasgos de un buen natural, uno no puede menos de aspirar á volver en medio de estas almas que le llaman y le aman tanto.

Por varios motivos fuí á embarcar en Nápoles.

I.—DE NÁPOLES Á MASSAUAH

Nápoles.—«El Adria.»—Alejandría.—Suez.—
El Mar Rojo

Nápoles es muy hermosa vista de lejos. El golpe de vista que ofrece desde el mar es encantador; sin embargo, no se siente la misma impresión si se recorren las estrechas y tortuosas callejuelas de los alrededores del puerto, que, en verdad, no tienen nada de artísticas.

A las cuatro de la tarde subí á bordo del buque en que debía hacer la travesía; era el *Adria*, elegante barquito de la Compañía Rubattino. Y justamente porque era elegante y porque era pequeño, en el curso del viaje debía balancearse de una manera inquietante para los estómagos inválidos: el mío era de ellos.

A las siete salimos del puerto, y nos internamos majestuosamente.

Pasamos la noche muy bien; el mar estaba en calma, y el vapor se balanceaba dulcemente. A la mañana siguiente pasamos el estrecho de Messina, después del cual el mar se alborotó. Todos los semblantes, hasta entonces alegres, empezaron á nublarse y á ponerse tristes; poco á poco la cubierta se fué desalojando, y momentos después de todas partes salían lamentos que no necesitaban explicación.

Por fin, al cuarto día de navegar, por la mañana, divisamos Alejandría.

Entramos pausadamente en el gigantesco puerto egipcio. Millares de barcos, máquinas para la carga del carbón, el grito agudo de las sirenas, el silbido de una locomotora, y allá en la playa un número incalculable de barcos, buques y barcas pescadoras...

Después de una maniobra bastante larga el *Adria* echó anclas, y una barca me condujo á tierra. En la aduana fueron amables á no poder más, de manera que media hora después ya estaba en casa de mis Hermanos.

Inútil decir la alegría que se experimenta al llegar á playas extranjeras y encontrar en ellas á amigos y compatriotas, á verdaderos hermanos que os reciben con los brazos abiertos. ¡Esto animal! Y por cierto que bastante necesidad tenía yo de ello, porque el mar me había dejado muy quebrantado.

Al día siguiente estaba casi restablecido de mi quebrantamiento, y al otro tomé el ferrocarril de Suez, mientras el *Adria* daba la vuelta por el canal y Port-Said.

En mi viaje por esta parte de Egipto tuve ocasión de admirar un hermoso paisaje. Era el momento de la cosecha de algodón: en todo cuanto abarcaba la vista sólo se veían millares de copos blancos surgiendo de un vasto lecho de verdor; niños con el vestido del padre Adán bañándose en los canales del Nilo ó montados sobre grandes búfalos grises; árabes cabalgando pacíficos asnos; caravanas de camellos de lento y sosegado paso. Acá y acullá veíanse enormes masas de piedra blanca, sepulcros de jefes árabes y pueblos de mísero aspecto. Bajo esos techos de paja, en esas chozas miserables y sucias, viven gentes ricas en tierras y aun á veces en dinero; de uno de ellos me dijeron que un día sacó 20,000 francos en monedas de oro para pagar unos terrenos que había comprado.

Después de Bhená el espectáculo cambia. Inmenso desierto de arena casi blanca os deslumbra, obligándoos á bajar los ojos. Aquello es un verdadero mar de arena. A veces se descubre á lo lejos la silueta de una palmera raquítica, un estanque de limpias aguas, algunos camellos errantes, y, por encima de todo esto, el hermoso y puro cielo de Oriente.

Hacia el anochecer aparecieron en lontananza los montes de Arabia, inclinando sus primeras cadenas y evocando recuerdos bíblicos.

En Suez, al saltar del tren, caen sobre nosotros, como lluvia de langostas, infinidad de portadores. Hay que hablarles serio para poner coto á su obsequiosidad interesada. Por fin, llegamos al *Hotel del Sinaí*.

Al día siguiente embarcamos en el buque que acaba de llegar, y á las dos de la tarde entramos en el Mar Rojo.

¡El Mar Rojo! Al oír este nombre cuando era niño, sentado en los bancos del colegio, soñaba con un océano de sangre, mientras que el Mar Negro se me antojaba inmenso tintero donde los pueblos limítrofes iban

á mojar la pluma. ¿Por qué lo llamarían Mar Rojo, si no lo fuese? me decía con el natural candor de la infancia. Pues bien: ahora he podido comprobar que es de un azul tan dulce como el del Mediterráneo.

II.—DE MASSAUH Á ALITIENA

El 13 de Noviembre por la mañana divisamos Massauh.

¡Cuántos recuerdos se agolpaban en mi corazón á la vista de esta amada Abisinia, que desde mi infancia había hecho soñar mi imaginación!

¡Por segunda vez volvía á verla! Ahora conocía ya los rudos secretos de la vida en Africa; los había gustado una vez, y en mi corazón conservaba como una nostalgia que me seguía á todas partes.

Desembarqué á la una de la tarde, y fuí á pedir hospitalidad á los reverendos Padres Capuchinos. Mi primera visita fué para la iglesia antigua, construída en otro tiempo por mis Hermanos en Congregación. Actualmente está desierta, casi abandonada. En los alrededores hallé una gran losa... ¡era el sepulcro del ilustrísimo Sr. Biancheri!

Al día siguiente, á las seis de la mañana, sentábame en un vagón del ferrocarril que sube al Ghinda (900 metros de altura). La ascensión dura tres horas.

La vía corre primero á través de un gran desierto de arena blanca, cuya monotonía interrumpen multitud de guijarros rojos y arbustos espinosos, luego sigue á través de ondulaciones graduadas hasta llegar á *Dogali*. Aquí se encuentran individuos de la tribu de los Amer. Sus ojos parecen muertos, pero á veces despiden rayos. Adorna su negra y rizada cabellera una pequeña varita á guisa de penacho. La primera vez que les vi me causaron espanto; no obstante son amables y buenos.

El desierto continúa cruzado en todas direcciones por diversos torrentes, que á la sazón estaban secos.

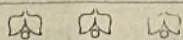
En *Mai Atal* diez minutos de descanso. Tres Beni-Amer nos traen un poco de leche.

Empezan á descubrirse pequeñas manchas verdes, que son la alegría de los fatigados ojos y de los pobres camellos. ¡Ah! ¡es tan hermosa la hierba fresca! A lo lejos pequeños puntitos blancos y negros aparecen suspendidos en las rocas: son rebaños de cabras y carneros. Cerca de la línea un soberbio camello está mirando tranquilamente como pasa el tren. Multitud de negros buitres revolotean por el ardiente espacio, sembrando gruesos acentos circunflejos esparcidos por el cielo, y acá y acullá descúbrense hermosos y floridos árboles.

Llegamos á *Dumas*, pueblo que cuenta una docena de cabañas y posee una estación de tres metros cuadrados.

En fin, á las nueve nos apeamos en Ghinda, término de la vía férrea por ahora. Dentro de algunos años la locomotora subirá al Asmara (2,500 metros de altura).

(Continuará).



LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

B... 8 de Mayo.

La vida nueva está perfectamente organizada. La presencia de nuestras jóvenes amigas, lejos de molestarnos nos alegra. Su discreción es extremada, y son tan buenas, tan afectuosas, que dijérase les soy madre, y me profesan el respeto y cariño de tal. Están muy tristes, pero resignadas. Su santa madre les enseñó esta piedad sincera, admirable, que tan útil es en todas las circunstancias de la vida; lo mismo en la alegría sonriente que en la pena que les hiere, reconocen la mano de Dios, inclinan la cabeza y acatan su voluntad, aun cuando sientan desgarrarse el corazón.

1 Junio.

En el decurso de estos últimos meses he estudiado á mi Luis, observando todas las modificaciones de su carácter. Los días pasados en Monte F... con su primo José le han hecho muchísimo bien, y esta mejora, que probablemente será momentánea, me da una prueba más del influjo inmenso que en el ánimo de mi hijo ejerce el medio en que vive; lo que es razón de más para aumentar mi inquietud.

La súbita muerte de la Sra. de B..., la tristeza de sus hijos á quienes Luis quiere mucho, engendraron en él serias reflexiones. Empezaba á ser el Luis de antes. Ahora ya casi ha perdido cuanto ganara.

20 Enero.

Durante las primeras semanas respetamos la tristeza y deseo de soledad de nuestras jóvenes amigas, pero temiendo que acostumbradas como estaban al campo, á largas excursiones, á una vida activa, pudiera resultar perjudicada su salud con la sedentaria actual, Carlos y yo hemos resuelto obligarlas á salir algo. Eugenia, al aceptar, me dirigió la siguiente conmovedora súplica:

—Quiero seguir siempre los consejos de V., pero deseamos, con mi hermana, que cada paseo tenga un fin piadoso. En Santa A... solíamos ir con mamá á visitar pobres. Por todas partes hay miserias que socorrer.

Acepté gustosa su condición, y cada día salimos las tres. Vamos á rezar un cuarto de hora en una de las iglesias de la ciudad, y luego visitamos una familia pobre. La oración, la caridad y el trabajo son los únicos medios de vivir cuando tortura el alma un grave sufrimiento moral. «Resignarme, dice M. Swetchine, es meter á Dios entre el dolor y yo.» Esto hacen mis jóvenes amigas. Eugenia es tan piadosa, que repetidas veces me he preguntado si su lugar estará en el cielo entre los Angeles, ó en la tierra entre las esposas del Señor; esto y, sin embargo, convencida de que no se separará de su hermana hasta que ésta haya contraído matrimonio, y Clotilde es aún muy joven y delicada. Pasarán, pues, varios años

antes no habremos cumplido la tarea que nos hemos impuesto cabe estos huérfanos.

5 Julio.

Magdalena descansa unos días en casa. Nos ha acompañado á visitar pobres. Mi querida pensionista era feliz, se empeñó en dar su limosna particular. Tiene excelente corazón, y me encantan sus progresos morales, que son para mí el mejor consuelo.

20 Julio.

Ha muerto mi tío Luis M... á los ochenta y dos años de edad. Hacía tiempo que vivía enfermo; sintiendo que se le acababan las fuerzas, se empeñó en vernos á todos, y en particular á su ahijado Luis. Partimos el 10 de Julio y regresamos ayer, habiéndonos cabido el consuelo de verle morir cristianamente. Desde muy joven abandonó las prácticas religiosas, y siempre me inquietaba la salud de su alma. Era lo que en el pasado siglo solía llamarse un *esprit fort*. Buen amigo de los Padres de N... y del párroco de su parroquia, lo sentaba frecuentemente á su mesa, y con el que entretenía sus ocios jugando al ajedrez: la única condición que solía imponer era que no le hablasen de Religión. Enfermo siguió resistiéndose, alegando que aún no era tiempo, que acaso si empeoraba... Cuando llegamos seguía en igual tesitura. Le hablé sin ambages de su salud y de la necesidad de confesarse. Primero se mostró contrariado; pero como durante la noche sufriera fuerte ataque de asma, cedió á nuestras instancias, y mandó por el Cura. Confesó, recibió el Santo Viático y expiró cristianamente. Ha legado á Luis una parte de su fortuna, lo cual puede ser para mi hijo grave peligro, que la riqueza es para el joven mala consejera. ¡Quiera Dios que no lo sea para mi Luis!

Monte F... 12 Agosto.

Estamos en el campo hace ocho días, y mañana llegan María y sus hijos.

He acompañado dos veces á Eugenia y Clotilde á San A... Su emoción ha sido grande. La propiedad cerrada hacia seis meses, ha sido abierta para recibirnos, y el dolor de estas jóvenes al recorrer las habitaciones de su madre, hoy para ellas vacía y triste, ha sido tal, que me recordaba el que sentí al encontrarme en Monte F... la vez primera después de muerta mi madre. Sin embargo, todos amamos los lugares donde vivieron aquellos cuya pérdida lloramos, y nos resulta poco menos que imposible renunciar el gusto de volverlos á ver. La visita al cementerio fué, si cabe, más triste y dolorosa... ¡Pobres niñas! perder la madre en el preciso momento en que una joven necesita más de sus consejos y

dirección. Las he dejado rezar y llorar largo rato sobre esta tumba que tanto quieren. Bueno es poder desahogar el dolor, y las lágrimas son imperiosa necesidad de los corazones oprimidos.

La salud de María, aunque no total, ya no nos inquieta como antes.

Ambas primas pasan el día juntas, se quieren como hermanas, sin que la más débil nube empañe el cielo de su tierna amistad. Margarita es más viva, más extremada que mi hija, á quien llama su dulce Magdalena, pero creo que en el mundo se quieren mejor los menos afines.

Luis no se separa de Marcelo, y espero mucho para el bien de mi hijo de estos dos meses de intimidad con su primo, más razonable y mejor que él. José, en la actualidad ya joven, es sencillo y piadoso. Suele pasear más con su tío que con los niños, pero al anochecer juega con ellos. El mismo día que Marcelo, llegó Enrique de B... y ambas hermanas están muy contentas de poder gozar unas semanas de la compañía de uno de sus hermanos. El sub-teniente espera lograr en Septiembre ocho días de licencia. Les dejamos juntos y solos cuanto nos es posible, pues comprendo lo que debe complacerles encontrarse otra vez reunidos y solos con su dolor y sus recuerdos.

1 Septiembre.

Paso una pena muy grande. Del día de su nacimiento Luis llevaba colgada una medalla de la Virgen. Ayer arreglando su ropa encontré en un rincón del armario la cadena de oro de la que colgaba. Creí primero que estaría rota. Encontrándome á solas con Luis, le pregunté si había perdido la medalla.

—Lo ignoro, me contestó con visible embarazo.

—He encontrado la cadena en tu armario. ¿Hace tiempo que la perdiste?

Entonces tomando un aire decidido, dijo:

—Me la quité cuando la última temporada de baños, y ya no volví á acordarme de ella. No la he buscado; estará en cualquier bolsillo.

—¿Por qué, hijo mío, te quitaste la medalla para bañarte? En el mar tenías más que nunca necesidad de la protección de la Virgen.

—No me gusta ser el hazmereír de mis compañeros.

—¿Cómo! ¿no hay entre ellos quien lleve medalla ni escapulario?

—Uno solo, Pablo S..., éste se baña con ella. Le colman de improperios, se burlan de él, le motejan de clerical, jesuita...

—¿Pero qué, es un infeliz?

—Caramba, no, mamá, fuerte como un turco, no hay quien se atreva con sus puños. Pero yo que soy de los más jóvenes, pronto sería víctima de todos, y además no hay ley que mande llevar medallas.

—Me dan lástima tus razones.

—Dejémoslo, dejémoslo, me dijo corriendo al jardín donde le aguardaba Marcelo.

Incidente es este tan insignificante como se quiera, pero gravísimo para mí, por las amenazas que encierra. Es el caso que un niño de once años, educado por padres cristianos, cristiano él hasta lo más íntimo de su

alma, en esta edad aún incapaz de defenderse, se encuentra entre camaradas que lo persiguen porque cree en la protección de la Virgen. Y los profesores encargados de la dirección y vigilancia de estas criaturas callan ó quizás rien y se divierten oyendo cosas tan graves. Mañana ¿qué consecuencias serán las de estas causas? Ahora mi hijo cede al respeto humano; más adelante, pervertido por los malos ejemplos, arrastrado por consejos perniciosos, acabará por perder totalmente la fe. ¡Me horroriza sólo el pensarlo!... Callaré esta pena y sufriré en silencio. Mi marido se burlaría de ella. Cree, pero no es piadoso. Y opinará que doy importancia excesiva á un acto que para mí constituye una revelación. No se la contaré á María, ¿acaso ella puede consolarme? Sé que juzgaría de él como yo. Además ¿me atrevería á contárselo? sólo al pensarlo siento algo muy semejante á la vergüenza; comparo mi hijo con los suyos, y veo cuán diferentes son. El amor maternal no es ciego como acaso pudiera creerse. La madre ve los defectos de sus hijos, pero hace cuanto puede para ocultarlos ó disimularlos. Es una debilidad, lo confieso, y la vencería si así lo exigiera el bien de Luis: hoy me declaro vencida por ello, porque comprendo que nada sacaría de mostrarlo tal cual es.

He colocado otra medalla de la Virgen á la cadena de mi hijo, y se la he regalado. La colgó del cuello sin decir palabra.

—Espero, le dije, que jamás se separará de ti.

Me abrazó sin contestarme.

—¿Me lo prometes, Luis?

—¡Ah, sí! le prometo cuanto desea.

Estas palabras pronunciadas con ligereza no me tranquilizaron. ¡Pobre hijo mío! Al nacer lo consagré á la Virgen. ¡Dignese Ella, á pesar de esta irreflexiva infidelidad, protegerle y guardarle en medio de los peligros que le rodean!

11 Septiembre.

Ayer llegó Emilio de B... Guarda viva aún la triste impresión de la muerte de su madre. Es un joven serio y formalote. José, Enrique y él son de esta raza de cristianos convencidos, hombres de carácter que se honran de sus convicciones y están prontos á defenderlas con todas las fuerzas y entusiasmos de los veinte años. El domingo los tenía ante mí en la iglesia, y me encantaban su recogimiento y su actitud respetuosa. ¿Qué será Luis á su edad?

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona